

## ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo de Celia en el palacio de Monte-Montero. Al fondo, cristalera por donde se ve parte del jardín. A la izquierda del foro, paso para las oficinas de la casa. A la derecha, paso hacia las dependencias inferiores: cocina, plancha, y servidumbre. A la izquierda primer término, puerta que conduce á las habitaciones de Doña Margarita y al salón. A la derecha, la puerta de la primera caja conduce al oratorio, la segunda al tocador y baño de Celia. A la izquierda segundo término, un elegante mueble con libros encuadernados lujosamente. En el proscenio izquierda, frente al público, un pupitre de señora donde Celia tiene sus enseres para escribir. Entre los objetos preciosos que hay en este mueble, descuella un retrato de la madre de Celia con marco de bronce. En el proscenio derecha, frente al público, un sofá donde pueden sentarse dos ó tres personas. Repartidos en la escena sillas y sillones de alta novedad. Es de día. La acción del primer acto se desarrolla en Madrid en el mes de Marzo.

Derecha é izquierda se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

CELIA, DOÑA MARGARITA, sentadas en el sofá; DON ALEJANDRO, DON CRISTÓBAL y el NOTARIO, sentados junto al pupitre; detrás de éste, en pie, DON JOSÉ PASTOR y GERMAN. Antes de terminar la escena, se asoma por el fondo ESTER, curioseando. EL NOTARIO, después de leer el acta en que se declara terminada la tutoría de Celia, deja los papeles sobre la mesa.

NOTARIO

He terminado; ahora ya pueden ustedes ir firmando.

DON ALEJANDRO

(Disponiéndose á firmar.) Ya eres mayor de edad, sobrina mía; ya eres dueña de tus actos.

DOÑA MARGARITA

De tus actos y del inmenso caudal que te legaron tus padres. ¡Ay! Contentos estarán en la gloria tus buenos padres al verte en tu nuevo estado, dirigiendo tus pasos por el camino de la más estricta rectitud.

CELIA

Así lo haré. No se me oculta que con la libertad tengo la responsabilidad de mi con-

ducta. Haré honor á mis buenos padres, que en gloria estén, y seguiré el ejemplo de mis queridos tíos que me han gobernado hasta este día supremo de mi vida.

DON ALEJANDRO

(En pie junto al sofá.) Te hemos gobernado fielmente, con plena conciencia de nuestro deber. Ya eres dueña de todo. Disuelto hoy el consejo de familia, ya no tenemos autoridad sobre ti.

DON CRISTÓBAL

(Después de firmar.) Poco á poco; la ley establece una excepción. (Coge el acta y se la da á Germán.) Lleva esto á la oficina, que allí vendrán á firmar los demás señores. (Vase Germán por el foro izquierda. Pasa don José Pastor á colocarse detrás del sofá, y da palmaditas cariñosas en el hombro de Celia.)

PASTOR

Ciertamente, la ley previene una excepción. Fijate bien, niña.

DOÑA MARGARITA

Justo; tendremos que intervenir de nuevo

cuando llegue el caso de tomar estado, ya sea en el orden matrimonial, ya en el eclesiástico.

CELIA

¿Qué dice usted, tía?

DOÑA MARGARITA

No sé cómo tengo hoy la cabeza. He querido decir, ó que te casas con un caballero, ó entras en una santa congregación.

CELIA

¿Congregación ha dicho? ¡Ay, querida tía! No tengo, ni creo tendré nunca vocación de monja.

DOÑA MARGARITA

Muy pronto lo dices, chiquilla. ¿Qué sabes tú? Desconoces aún los goces más puros del alma.

DON ALEJANDRO

El estado matrimonial es el de más cuidado, y por eso la ley establece la permanencia temporal en nuestras funciones.

DOÑA MARGARITA

Sí; porque estas niñas que en edad tan temprana ejercitan el derecho de gobernarse á sí mismas, no tienen criterio ni pulso para escoger ese apoyo moral y material que llaman marido.

DON CRISTÓBAL

Mi tesis es que estas plantas tiernas corren el peligro de ajarse y perderse, si las personas mayores no acuden en su auxilio para proporcionarles un injerto feliz.

DOÑA MARGARITA

De eso me cuido yo, que he sido siempre la mejor casamentera. Yo casé á tu padre con mi sobrina Eloísa, tu santa madre. ¿Qué tienes que decir de aquella boda? Pues, como hice aquélla, haré ahora la tuya. Yo me encargo de buscarte el esposo que más te conviene.

CELIA

No se tome usted ese trabajo, querida tía de mi madre y propiamente abuela mía; no se

tome ese trabajo, que resultaría quizás muy fatigoso para usted, y además enteramente inútil. Si puedo disponer libremente de los dineros que me legaron mis padres, ¿por qué no he de disponer de esta pobre mano mía, que es más propiamente mía que los miserables intereses? (Vuelve á la escena Germán, y se coloca detrás de todos, atento y silencioso.)

DOÑA MARGARITA

¡Ah! Ya tenemos en campaña á la chicuela responzona que quiere saber más que los viejos.

CELIA

No es eso, tía; es que... (Levántase, y se pasea por la escena.)

DON ALEJANDRO

(Aparte á Celia, en la izquierda.) (No hagas caso de la tía Margarita; la pobre está un poco...) (Indicando chifladura.)

NOTARIO

La ancianidad peca siempre de suspicaz y excesivamente previsora.

DON ALEJANDRO

Nuestro deber es aleccionarte.

DON CRISTÓBAL

Escogerte lo mejor.

CELIA

(Sentándose junto al pupitre, mientras don Alejandro y el Notario pasan hacia el sofá.) Bueno, bueno: es prematuro hablar de eso. Ya me figuro que las ideas de mi buena tía serán casarme con un rico...

DOÑA MARGARITA

Conviene, sí, cortar el paso á los pelagatos ambiciosos.

DON ALEJANDRO

No es eso precisamente. Debemos traer á tu lado á una persona de alta distinción...

DON CRISTÓBAL

Aliar las dos noblezas, la de la cuna y la de...

CELIA

Ya, ya. El dinero no me hace falta, pues lo tengo tan de sobra, que no sabré qué hacer con él. La alcurnia tampoco me seduce. ¿Quieren que les diga con toda sinceridad mi pensamiento? Pues allá va. Si prevalecen las ideas que hoy tengo en mi cabeza, pueden suceder dos cosas: ó que no me case nunca, y me dedique á vestir imágenes, ó me case con un pobre...; entiéndase bien... con un pobre decente y de buenas costumbres. (En este momento de la escena, aparece Ester cautelosa curioseando, y Germán con un gesto le manda salir.)

DOÑA MARGARITA

(Riendo.) Muy bonito, muy bonito, y hasta poético.

DON ALEJANDRO

Romanticismo de la estofa más cursi, hija mía.

CELIA

(Riendo.) Me alegraría mucho ser ante el mundo una cursi solterona, inmensamente rica. (Se ríen todos.)

DON ALEJANDRO

Sobrinita querida, ya estás en edad de refrenar tu ingenio festivo.

DOÑA MARGARITA

(Nerviosa, levantándose, coge del brazo al Notario, creyendo que es don José Pastor.) Oye tú, Pastor, ¿no crees como yo que tu cara discípula está un tantico desconcertada?

NOTARIO

No soy Pastor, señora; soy el notario, Anselmo Urizar, para servir á usted.

DOÑA MARGARITA

¡Ay! ¡cómo estoy hoy de la vista!

CELIA

(Dirigiéndose á Pastor, le pone la mano en el hombro.) Este es Pastor, querida tía. Habla en favor mío tú que has sido testigo de mi vida infantil, desde que yo andaba gateando por esta sala.

## PASTOR

Niña querida; yo que te he dado mimo y caramelos cuando eras buena, y no pocos azotitos cuando tus travesuras pasaban de la raya; yo que te enseñé á leer y escribir amándote con ternura paternal, tengo el derecho de decirte hoy, que al entrar en la mayor edad, debes acortar los vuelos de tu imaginación y ponerte á tono con las realidades de la vida. Te sobra inteligencia; tu corazón es excelente: obedece sus inspiraciones; pero no será malo que, para andar por el mundo, domestiques tus nervios y sometás á disciplina tus antojos. (La acaricia.)

DOÑA MARGARITA

No le hagas fiestas, Pastor; dale unos azotitos.

DON ALEJANDRO

Azotes, como cuando hacía volatines en los árboles del jardín.

DOÑA MARGARITA

O cuando se escapaba á la calle para corretear con los chiquillos desarrapados.

## DON CRISTÓBAL

O cuando te tiznaba la cara, querido Pastor, si vencido del cansancio te quedabas dormido.

CELIA

Tan juiciosa he de ser ahora que, por exceso de juicio, han de querer castigarme.

SIMÓN

(Por la izquierda, anunciando.) La señora Condesa de Angostura y su hijo Ricardito, están en el salón.

DOÑA MARGARITA

Vamos.

SIMÓN

Y en este momento descenden de su automóvil los señores de Paterna y su hijo don Luis. (Vase Simón.)

DON ALEJANDRO

Ven tú también, Celia.

CELIA

En seguida iré.

DON CRISTÓBAL

No te descuides, Alejandro; tienes que irte á Barcelona esta tarde.

DON ALEJANDRO

Hay tiempo todavía para preparar mi viaje.

NOTARIO

(Despidiéndose de Celia.) Mi más cumplida enhorabuena, señorita; me tiene á sus órdenes, para cuanto se le ocurra.

CELIA

Gracias, don Anselmo; ya sabe cuánto le estimo.

DOÑA MARGARITA

Voy al salón.

CELIA

Yo iré al momento. Hoy, tía, estás un poco alterada de los nervios... de la cabeza. Reaparece por el fondo Ester, curioseando.) ¿Has tomado el bromuro?

DOÑA MARGARITA

Se me olvidó... ¡Con estas cosas!...

DON ALEJANDRO

Venga, Margarita. (A Celia.) No tardes. (Salen por la izquierda don Alejandro, don Cristóbal, doña Margarita, Pastor y el Notario.)

CELIA

No tardaré. (Reparando en Ester.) Ester, oye.

ESTER

¿Qué me mandas? (Corre hacia ella.)

CELIA

Dale la medicina á la tía. Ya sabes, una papeletita de bromuro. Llévaselo al salón.

ESTER

Voy corriendo. (Vase por el foro derecha.)

## ESCENA II

CELIA, GERMÁN; después PASTOR y ESTER

GERMÁN

(Besando la mano rendidamente á Celia.) Mi felicitación á la rica hembra, á la dama ilustre que hoy ha subido al pináculo de la sociedad, donde tiene su trono excelso.

CELIA

(Con donaire, intentando teparle la boca.) Calla, calla; charlatán, embustero.

GERMÁN

Déjeme seguir.

CELIA

Calla, te digo. Tus palabras son de oro. Si tus ideas correspondieran á tus palabras, serias millonario.

GERMÁN

Principio y fundamento de la riqueza es el propósito de conquistarla. Soy pobre; pero el camino para dejar de serlo, me lo enseñarán mi inteligencia y mi trabajo.

CELIA

Ya te entiendo. Tu cerebro es una torre con campanas que constantemente lanzan al aire sonidos vibrantes... (Entra por el foro derecha Ester, con un vasito de agua que agita con la cucharilla. Al oír el tintín de la cucharilla detiéndose Celia.) Date prisa, Ester. (Ester sigue con paso ligero hacia la izquierda, agitando la cucharilla; detiéndose en la puerta, mirando un instante á Celia y Germán. Continúa Celia la frase interrumpida.) Tu cerebro es un campanario, tín, tín, ton. Debajo de ese campanario no hay más que una iglesia vacía y sin culto.

GERMÁN

Fácilmente demostraré á usted que en esta iglesia hay devociones ardientes, y no faltan imágenes bellas, adoradas.

CELIA

Eres poeta. Ya sabes que los poetas no son santos de mi devoción. Yo, como el personaje de Molière, hablo prosa sin saberlo.

GERMÁN

Yo también.



CELIA

Pero tú, Germán, sin saberlo eres poeta, poeta positivista. Trinas en la enramada pidiendo á Dios que te dé buenos negocios. (Riendo.) Me parece que estoy en lo cierto.

GERMÁN

¡Ah, señora! Ya le explicaré. En efecto, los pobres nos pasamos la vida trinando, y...

PASTOR

(Entra por la izquierda seguido de Ester con el vaso ya vacío.) Tienes el salón lleno de gente; te están esperando.

CELIA

(Disgustada, levantándose.) Allá voy.

ESTER

(A Celia.) ¿Me mandas algo más?

CELIA

Ahora no, retírate; ven luego por aquí. (A Pastor.) Además de los Paternas y la Angostura, ¿quién ha venido?

PASTOR

Ahí están el Barón de la Cinta con su hijo el Marquesito de Rocafiel; la viuda de Quimondo con sus hijas y el chico mayor; la Duquesa de Cumbres Pardas, y los de... En fin, vete al salón, que hay que cumplir con la sociedad.

CELIA

¡Ay, qué fastidio! ¡Sociedad! Debieras llamarte... vaciedad. (Vase lentamente por la izquierda.)

ESCENA III

PASTOR, GERMÁN; después ESTER

PASTOR

Germán, vete á tu oficina, que no conviene holgar tanto.

GERMAN

Dispénsame el amigo Pastor; hoy es fiesta en la casa; además, esta mañana, cuando vine á la firma de las cartas, me dijo la señorita Celia: «en cuanto acabe la lectura del acta notarial, vienes aquí para hacerme un estado de...»

PASTOR

¿De qué?

GERMÁN

Un estado de las cantidades que tiene en cuenta corriente en los Bancos.

PASTOR

Lo primero es dar cuenta á los Bancos de la mayor edad de Celia. Hay que poner tres oficios, uno para cada Banco; así lo entiendo yo. Vete á la oficina, extiende los oficios, y los traes con la copia del acta notarial que debe estar allí. (Entra Ester por el foro derecha.) Ester, ¿qué buscas aquí?

ESTER

Me dijo Celia que me llamaría.

GERMÁN

Pues no te ha llamado.

PASTOR

(A Germán.) ¡Ea! despabila tú. (Vase Germán presuroso por el foro izquierda.)

## ESCENA IV

PASTOR, ESTER

ESTER

¿De veras no me ha llamado Celia?

PASTOR

Parece que eres tonta; ¿no la viste ir al salón? Aún tiene allí para rato.

ESTER

La esperaré aquí, si usted me lo permite, señor Pastor.

PASTOR

Si, quédate; hablaremos un poquito. (Se sienta fatigado.)

ESTER

(Permaneciendo en pie.) ¡Ay, qué alegría! Ya no manda aquí nadie más que Celia; ya, como dice Germán, pasan á la historia el cazurro de don Alejandro, y doña Margarita, toda hiel y vinagre, y los demás esperpentos del

consejo de familia. Celia es el ama, y puede disponer como quiera de todo lo que es suyo... Dará gusto verla, tirando de talonario y extendiendo cheques para favorecer... á las personas que más la quieren.

PASTOR

Ya te veo, pícara. Tú aspiras á recibir de Celia un buen donativo como criada predilecta que eres.

ESTER

Perdone usted, don José; yo no soy propiamente criada.

PASTOR

Es verdad, eres algo más; eres hermana de leche de Celia.

ESTER

Mi madre le dió el pecho; aquí me crié; he sido compañera leal de la señorita, que comúnmente me llama su amiga. Le debo la vida, la educación, y me enorgullezco de ser su doncella, su modista, su limosnera, su consejera en muchos casos.

PASTOR

Fundada en eso, esperas un buen regalo... una dote que te sirva de cebo pára pescar marido.

ESTER

No he pensado en eso, pero no niego que pueda ser, y que sea cosa justa; cuento con su apoyo, don José.

PASTOR

(Vacilando.) Sí... no sé...; con franqueza, Ester: para que yo te apoye en tu pretensión, sería menester que disiparas ciertas hablillas; cierto runrún que corre por la casa, y que la verdad, si la cosa es cierta, te favorece muy poco.

ESTER

(Asustada.) ¿Rumores...? ¿tocantes á mí?

PASTOR

A ti... y en ello figura otra persona.

ESTER

¿Quién?

PASTOR

No sé si debo decírtelo. (Se lo dice en voz baja. Aparece por el foro derecha Melchora, cautelosamente, mirando á Ester.)

## ESCENA V

PASTOR, ESTER, MELCHORA

MELCHORA

(Aparte en el foro.) Ya está esa bribona embaucando al pobre don José.

PASTOR

(Reparando en Melchora.) ¡Ah, Melchora! pasa. ¿Qué se te ofrece?

MELCHORA

(Avanzando lentamente, dirigiendo á Ester miradas rencorosas.) A lo que parece, hoy entra la señorita en la edad de gobernar su casa y mandar á toda la familia. Aquí la espero para presentarle mi dimisión. ¿No se dice así, don José?

PASTOR

Así se dice.

MELCHORA

La dimisión del cargo de planchadora que he desempeñado en esta casa por más de siete años.

ESTER

Vete á terminar tu trabajo como Dios manda, que tiempo tienes de despedirte.

MELCHORA

Yo sé mi obligación, y no aguanto órdenes más que de la única persona que puede dármelas.

ESTER

Desmandada estás hoy, Melchora; ¿qué mosca te ha picado?

MELCHORA

Me ha entrado la picazón de hablar claro, y tú lo has de oír, marimandona, intrusa. Cada cual en su puesto. A un lado las mujeres que no engañan, á otro las que son más falsas que Judas.

ESTER

(Afectando buen humor.) ¡Qué risa! ¿Ha visto usted, don José, qué insolencia?

PASTOR

¡Ea! Haya paz, señoras; cada cual á su obligación.

ESTER

(A Melchora, imperiosamente.) A tu plancha, pronto; nada tienes que hacer aquí... ¡La hora que es, y no me has planchado mis blusas!

MELCHORA

(Iracunda.) Te las plancharé y te sacaré mucho brillo para que todo el mundo vea tus enredos.

ESTER

Estúpida, te desprecio.

MELCHORA

Yo, ni eso; por no rebajarme.

PASTOR

Melchora, no te sulfures. (Reparando en un librito que Melchora lleva en el bolsillo de su delantal. ¿Qué libro es ese? Dámelo. (Se lo quita.)

ESTER

(Vivamente, muy excitada.) Es mío, me lo ha quitado esta feróstica; démelo, don José.

MELCHORA

Lo dejó olvidado en su mesa de noche; no tiene la cabeza buena.

ESTER

(Intentando quitar el libro á Pastor.) Mi libro, mi libro.

MELCHORA

De algún tiempo acá, la señorita Ester anda, como aquel que dice, en hociqueos con la letra de molde. Tiene buen maestro. Guarde el libro, don José, y vea que en lo blanco hay garabateo de lápiz. A mí me es-

torba lo negro y lo blanco; lea, don José, y entérese.

ESTER

(Queriendo recobrar el libro por la fuerza.) Déme, déme por Dios; estas bromas son muy pesadas.

MELCHORA

¿Bromas, eh?

PASTOR

¡Ea! basta. (Guarda el libro en el bolsillo interior del pecho.) Déjenme las dos. (Entra súbitamente por el foro izquierda don Alejandro seguido de Germán, el cual trae muchos papeles.)

### ESCENA VI

PASTOR, DON ALEJANDRO y GERMAN

DON ALEJANDRO

¿Qué es esto? ¡Eh! (A Ester y Melchora.) Largo de aquí. (Vanse Ester y Melchora por el foro derecha una tras otra, recriminándose en silencio.) ¿Qué quieren estas simplonas?

PASTOR

Nada. Disputan y se pelean por cuál sirve mejor á su señora.

DON ALEJANDRO

No haría mal mi sobrina en cambiar toda su servidumbre. (A Germán.) Deja aquí esos papeles. (Se sienta junto al *neccessaire*.) Aquí firmaré las cuentas; (firmando) las presento al Juzgado nada más que por fórmula, pues mi tutoría ha sido, como sabe todo el mundo, un modelo de legalidad.

PASTOR

Cierto. ¿Y las llevará usted al Juzgado?

DON ALEJANDRO

No; las llevarás tú. Yo no puedo retrasar mi viaje á Barcelona. Tengo que asistir á la reunión de Sociedades de Seguros. Ocúpense ustedes de lo que hay que hacer para traspasar á Celia las cuentas de los Bancos.

Todo puede quedar en regla mañana. Ahora falta que esas dichosas visitas levanten el campo.

PASTOR

(Asomándose por el fondo.) Ya van desfilando.

DON ALEJANDRO

Ya era tiempo.

### ESCENA VII

Los mismos; CELIA y DOÑA MARGARITA, por la izquierda.

CELIA

¡Ay! Ya descanso de las visitas. ¡Cuánta felicitación! ¡Cuánto halago! ¡Qué empalagosas dulzuras!

DOÑA MARGARITA

Desde hoy eres el rico panal de la fábula.

DON ALEJANDRO

Y á ti acuden cien mil moscas golosas; pero descuida: nosotros te las sacudiremos.

CELIA

¡Qué insufrible mosconeo! (Simulando que habla con las visitas.) Ya veo vuestro pensamiento. Soy muy rica, muy rica; pero aquí me tienen decidida á no casarme nunca ó casarme con un pobre... Abur, abur. Vayan con viento fresco.

DON ALEJANDRO

Yo también detesto las visitas pegajosas.

DOÑA MARGARITA

Ya has cumplido por hoy tus obligaciones con la sociedad. Yo, menos feliz que tú, tendré visiteo para toda la tarde.

CELIA

(Cariñosa.) Tiíta. ¿Te ha sentado bien el bromuro?

DOÑA MARGARITA

Divinamente; tengo la vista clara, y la cabeza despejada... Hoy presido en casa la Junta de damas que protegen la trata de blancas.

CELIA

¿Qué has dicho, tía?

DON ALEJANDRO

(Sonriente.) Ha dicho usted que protegen la trata.

DOÑA MARGARITA

No, no; que persiguen... que perseguimos... esa infamia.

CELIA

¡Pobrecita tía!

DOÑA MARGARITA

En la Junta de hoy te nombraremos vocal, y desde la próxima semana tendrás que asistir á nuestras reuniones.

CELIA

(Horrorizada.) ¡No por Dios, tía! no me meta usted en esas andanzas; no sirvo yo para eso.

SIMÓN

(Por el foro, anunciando.) La señora Duquesa de Armada; la señora Marquesa de Valvanera.

DOÑA MARGARITA

Ya empiezan á llegar las de la Junta; voy á presidir. (Vase por la izquierda renqueando.)

DON ALEJANDRO

Y yo á prepararme para bajar á la Estación. (A Pastor, dándole unos papeles.) Esto, al Juzgado.

PASTOR

(Metiéndolos en el bolsillo.) Muy bien.

DON ALEJANDRO

(A Germán.) Tu no olvides de hacer firmar á Celia las tres cartas á los Bancos.

GERMÁN

Ya, señor: váyase tranquilo.

DON ALEJANDRO

(Mirando su reloj.) Hasta luego, Celia. No me iré sin decirte adiós.



## ESCENA VIII

CELIA, GERMÁN

CELIA

Según dijo mi tío, algo tengo que hacer todavía.

GERMÁN

Poca cosa, señora; firmar las cartas que usted dirige á los tres Bancos, para que le abran cuenta corriente.

CELIA

Venga. ¿Dónde firmo?

GERMÁN

Aquí, señora.

CELIA

(Deja la pluma.) Ya están las tres. Yo creí que con un solo Banco bastaba.

GERMÁN

Cierto que con uno bastaría; pero, como dice el refrán, por mucho pan no es mal año.

CELIA

¿De modo que en los tres Bancos tengo dinero?

GERMÁN

Mucho dinero... para disponer cuando guste de las cantidades grandes ó chicas que vaya necesitando. Aquí tiene la señora los tres talonarios.

CELIA

¿Y esto es tan sólo para las necesidades menudas de la vida corriente? Detrás de esto hay más.

GERMÁN

Mucho más.

CELIA

Siéntate, Germán. (Germán se sienta al otro lado del pupitre.) Háblame con toda franqueza. ¿Es cierto que soy tan rica?

GERMÁN

Inmensamente rica.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1000. 1625 MONTERREY, MEXICO

32900

CELIA

¿Y crees tú—háblame con sinceridad—que todo eso es mío, exclusivamente mío?

GERMAN

Pues ¿de quién ha de ser más que de usted, única heredera de los señores Marqueses de Monte-Montoro?

CELIA

¿Y mis padres heredaron de mis abuelos esa riqueza?

GERMAN

No conozco bien la historia de su ilustre familia.

CELIA

¡Ay, Dios mío! ¿Crearás que ser tan rica me causa tristeza?

GERMAN

¿Por qué, señora?

CELIA

No sé cómo expresarlo. Oye, Germán, otra

cosa. ¿Puedes decirme la cifra, poco más ó menos, á que ascienden esos caudales míos?

GERMAN

Puedo hacer un cálculo aproximado. En valores mobiliarios, en propiedad rústica y urbana, la señora posee un capital cuya renta no bajará... (Calculando.)

CELIA

Calcula bien; no te equivoques.

GERMÁN

Una renta de dos mil seiscientos á dos mil ochocientos duros diarios.

CELIA

(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Diarios! ¿Sabes lo que dices? (Germán hace signos afirmativos.) Pues, ahora te digo que el ser tan rica me confunde... me abruma.

GERMAN

No lo entiendo.

CELIA

No ceso de pensar que la mayor parte de los seres humanos viven en la miseria.

GERMAN

Cierto. También lo es que, por existir tanta pobreza en las clases inferiores, las clases ricas tienen la satisfacción de hacer mucho bien, protegiendo y amparando á los desvalidos.

CELIA

Eso me consuela; en cambio, la regla social de que las mujeres ricas han de casarse con hombres ricos, y las pobres con pobres, me entristece... me aturde.

GERMAN

Difícil es, señora, cambiar esa regla.

CELIA

Pues yo te digo que me andan por el magin ideas que no vacilo en llamar atrevidas.

GERMAN

¿Qué ideas son esas, señora? Dígamelas.

CELIA

Si yo fuera hombre, ó si las mujeres gobernarán, yo haría una ley ordenando que todas las ricas se casaran con muchachos pobres; no quiero decir con muchachos desarrapados y sucios, sino decentitos y bien educados.

GERMAN

La ley sería justa, pero irrealizable en la práctica, y habría que completarla.

CELIA

Ya sé...; ordenando que los caballeros ricos se desposaran con doncellitas del pueblo. La ley debiera aplicarse severamente sin falsearla como se falsea todo en España.

GERMAN

Muy bien.